

IMPORTANCIA DE LA ÉTICA EN LA VIDA PERSONAL Y FAMILIAR DEL CREYENTE

Por
Carlos A. Mena C.

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo reúne la exposición de la "Ética personal" que presenta Ismael Quinteros Rojas en la lección 6, del manual "Ética bíblica para el líder y el ministro". Y también expongo la "Ética familiar", trabajo realizado por Francis Lacuela en el capítulo VI del apéndice "Ética cristiana"

En concreto, a través de estas páginas presentaré un resumen de los trabajos mencionados anteriormente. Me parece muy acertado lo que encontramos en dichos trabajos respecto a la ética personal y la ética familiar, como áreas sumamente importantes para la vida de todo creyente y ministro.

¿Cómo desarrollar una ética individual conforme a la Biblia? ¿Cómo resguardar la integridad familiar a la luz de las Sagradas Escrituras? Hoy nos encontramos con una vida cristiana, tanto personal como familiar, muy relajada en términos de conducta y principios morales cristianos. Es así que si no hay claridad sobre una ética bíblica hacia la persona y hacia la familia, la integridad de ambos será dañada. Los resultados que observamos a nuestro alrededor, nos indican que la luz es muy tenue y la sal se está humedeciendo, es decir, no hay una influencia significativa por parte del creyente y la familia cristiana en el medio donde se desarrollan socialmente.

Asumiendo una ética personal y familiar claramente bíblica, se guarda la integridad del uno y del otro, y pueden ser verdaderas sal y luz en este mundo. Para ello en el capítulo uno, sobre la Ética personal, se verá la vida en el Espíritu, la vida de la Palabra y la vida de oración.

En el capítulo dos, nos abocaremos a la Ética familiar, allí se refuerzan los deberes filiales y los deberes de los padres.

CAPITULO UNO

ÉTICA PERSONAL

El punto clave de esta área es el carácter de Cristo. Si no se asume el ir perfeccionándose cada para alcanzar la estatura del Varón perfecto, que es Cristo, no habrá una base sólida para desarrollar una ética personal bíblica seria. Jesús es el modelo de carácter que agrada a Dios. A él debemos asemejarnos.

A continuación se exponen las áreas que debe cuidar constante el creyente y el ministro para su testimonio.

1. Vida en el Espíritu

Lo que expongo a continuación es tomado íntegramente de Ismael Quinteros Rojas.¹

Para realizar el ministerio es imprescindible ser llenos del Espíritu Santo. Sólo con su llenura y guía podremos entender cuál es la anchura y la profundidad del ministerio. El Espíritu pone el querer y el hacer, nos da gozo en tiempo de victoria y paz en la prueba (Jn. 16:7-15; Hc. 1:8; Lc. 4:16-18; Fil. 2:13; Rm. 8:14)

¹ Ismael Quinteros Rojas, *Ética Bíblica para el líder y el ministro*. Apuntes del curso Ética Bíblica. MINTS

El carácter del creyente debe estar caracterizado por el fruto del Espíritu Santo. Si estamos llenos de Dios, si Él es el Señor de nuestra vida, también debe serlo de nuestra forma de ser y relacionarnos. En las cartas pastorales, el apóstol Pablo, es enfático en señalar que la habilidad del pastor para el ministerio radica en la obra de Dios en su carácter y no en su capacidad académica (1 Tm. 3:1-7; Tt. 1:5-9). El pastor debe ser irreprochable en su vida personal, familiar y social. Debe tener buen testimonio de los suyos y de los de afuera.

Al pastor lo descalifica el mal carácter. No puede, ni debe ser agresivo, egoísta, cruel, insensible, impío, etc. El apóstol da una larga lista de los malos siervos (2 Tm. 3:1-9). Por su parte, el pastor debe tener un carácter amable, puro, alegre, flexible, cariñoso. Debe ser puro, justo, honesto, fiel. Su carácter debe reflejar bondad, comprensión, humildad y firmeza frente al pecado, la injusticia y la maldad. De lo contrario, esta en contra de la verdad de la escritura y no puede manifestar con su vida el nuevo nacimiento en Cristo.

La gente no sigue a un pastor que no vive limpiamente. Debemos esforzarnos para vivir de acuerdo a sus mandamientos (1 Tm. 4:15-16; 6:11-14; Tt. 2:7-8). Dios demanda que sus siervos, sean esforzados y diligentes en servirle a Él y defender la doctrina (Mt. 9:37; 2 Cor. 11:27-28). El pastor debe ser un trabajador en la causa de Dios, claro esta, esto conlleva persecuciones y sufrimientos (2 Tm. 3:10-11; Ez. 33:7-8).

Un hombre lleno del Espíritu de Dios se somete a la escritura. Procura vivir una vida limpia. Su conducta es ejemplar, porque nace de un corazón henchido del evangelio. Evidencia el fruto del nuevo carácter, descrito en la escritura. Vive la realidad de las

bienaventuranzas. Es obediente, fiel, honrado y solidario. Los valores que marcan su vida son los del evangelio. Su ejemplo de vida es Jesús. No es un religioso, ni tiene apariencia de piedad. Es un auténtico seguidor de Jesús y sus mandamientos. Se esfuerza con la gracia de Dios a servir, amar y aplicar las verdades escriturales. Sirve por amor a Dios y no para sí mismo. Debemos orar que Dios nos llene de su Espíritu y verdad para su gloria.

2. Vida en la Palabra

Así como en el punto anterior, de igual manera dejaremos que nuestro hermano Ismael, quien nos da bastante luz sobre este punto, nos comparta su pensamiento.²

Jesús fue quien dijo: "Separados de mí, nada podéis hacer" (Jn. 15:5). Por tanto, todo siervo de Dios debe guiarse en su vida y ministerio, solo por las normas del evangelio. Quien no se somete a estas verdades de fe no es un verdadero siervo del Señor. Esto implica, escudriñar las escrituras, obedecerlas y honrarla con su ejemplo de vida. Cuando nos acercamos a los principios bíblicos, nos damos cuenta lo rebeldes que somos y lo incapaces de obedecerlos. Además, se pone en evidencia, nuestro mal carácter y lo vulnerables a las tentaciones. Solo por la gracia de Dios, podemos reconocer la verdad de la escritura, apegarnos a ella y seguir humildemente sus preceptos. Debemos reconocer que la verdad revelada es suficiente para nuestro crecimiento y gozo. Sus mandamientos no son gravosos, si no vida, esperanza y expresión de amor y protección del Señor para sus hijos.

² En el mismo lugar

Recordemos que al ser predicadores, el Señor nos ha constituido en colaboradores del Espíritu Santo. El no es nuestro ayudante, si no quien dirige, capacita y llena nuestra boca para presentar el evangelio (Jer. 1:9; Lc. 12:11-10). En este sentido, su Espíritu nos hace aptos para el reino de Dios; y nos equipa para la alta e importante tarea de predicación.

No podemos presentar de cualquier manera el evangelio. Debe ser con las indicaciones y motivaciones correctas. Además, a quien debemos rendir cuentas es al Señor del cielo. En este sentido, nuestra vida, no debe ser inferior a la norma bíblica. Los pastores debemos aplicar el mensaje en primer lugar a nuestra vida personal y familiar y luego a la iglesia. No es ético predicar lo que no estamos viviendo. Esto indica, que debemos crecer en aspectos débiles, para tener la autoridad moral de exhortar a la congregación al respecto.

También, debemos dedicar el tiempo necesario para la preparación del sermón. Esforzarnos por presentar sermones que sean relevantes para la iglesia. Algunos peligros que debemos corregir son: no aplicar adecuadamente las verdades bíblicas. Usar sermones de otros predicadores, y no esforzarnos a preparar los nuestros. No predicar pensando en una persona en particular. No usar un versículo para hacer una doctrina. No suavizar la verdad bíblica. No exagerar el mensaje en lo que consideramos necesario.

Debemos predicar todo el consejo de Dios. Nos corresponde presentar defensa con mansedumbre y verdad. La actitud nuestra ante el texto debe ser de sumisa sujeción.

También de respeto y compromiso a obedecer. Recordemos que somos embajadores del reino, esto es un hermoso privilegio y requiere una gran responsabilidad. La vida en la palabra implica vivir lo que predicamos. Eso no nos debe hacer irresponsables al no predicar en lo que somos vulnerables. Más bien, debe hacernos mas esforzados, orar y depender de Dios, para ser fortalecidos y poder predicar la verdad total y completa.

3. Vida de oración

Por último, para mantener el hilo conductor de este capítulo donde se ha visto que el creyente, especialmente el ministro, debe cultivar una vida en el Espíritu, una vida en la Palabra, queda que tratar el motor para todo lo anterior, la vida de oración. Sin la oración, no se puede llevar de forma correcta los dos puntos anteriores. Dejemos, entonces, que nuestro hermano Ismael nos explique este último punto.

Hemos aprendido diferentes aspectos de la vida del pastor. En esta sesión estudiaremos acerca del pastor y su vida de oración. Con mucha frecuencia la Biblia habla de esto (1 Tes. 5:17; Lc. 21:36; Fil. 4:6). La palabra de Dios nos manda orar; lo cual indica la importancia de obedecer. Dios nos pide que le sigamos en oración, porque Él sabe que no podemos vivir sin su vida y dirección.

Algunas de las razones por las que debemos orar siempre son: para mantener una vida limpia y recibir poder y ayuda divina en el ministerio. En este sentido, la oración es el medio usado por Dios para mostrarnos lo que somos, llevarnos a reconocer los errores y pedir perdón. Jesús nos mando a orar constantemente (Mt. 26:41).

La oración nos permite estar unidos a Él; recibir santidad y limpieza para la mente y corazón (Jn. 15:5). Cuando oramos Dios nos bendice y responde (Sal. 91:15). Sin embargo, no debemos usar la oración como un amuleto. Si no como un medio de gracia para depender del Señor, su poder y su gracia derramada hacia nosotros. Jesús mismo nos dio ejemplo de una vida dedicada a la oración; debemos seguir su ejemplo (Mc. 1:35).

La vida limpia dada por Dios a través del conocimiento de la palabra y la vida de oración, no es para nosotros mismos, si no para vivir para Dios. Como resultado, seremos fructíferos y útiles en sus manos (Jn. 15:5). Recordemos que el pastor trabaja para la gloria de Dios, es decir, para el bien de su pueblo. En este sentido, no debe hacer nada que Dios no le pida; sólo obedece sus demandas. Una de ellas es la oración. Nuestra propia capacidad no sirve para desarrollar la obra de Dios. Por nuestra total incapacidad, es imposible agradarle.

Además, si lo pretendemos, afrentamos al Señor. Por tanto, es necesario e indispensable el poder del Señor para realizar su obra. Al tener su poder obrando en nosotros tenemos éxito y prosperidad en el ministerio (Jn. 15:7; Hc. 4:31).

La oración cumple un fin ético en el creyente: mostrarle su pecaminosidad y la gracia abundante del Señor a su favor. También, lo ubica en la impotencia e incapacidad para servir y agradar al Señor y le revela que solamente unidos a Él, hay vida y esperanza para su abatido corazón. Además, lo humilla y convence que no puede sin su ayuda y dirección. En este sentido, lo ubica en el bien supremo; Dios. Por eso los creyentes deben dar gracias en la oración (Fil. 1:3-4; Rm. 1:8,21; Sal. 107:8).

Cuando oran deben llegar con gratitud a su presencia. Esto es posible, al reconocer que todo lo que hemos recibido es de Dios y nos lo ha otorgado por su gran misericordia. Al aceptar que nada es nuestro, nuestro corazón se llena de gratitud y adoración. Es decir, reconoce la fuente inagotable de vida. Esa es una postura éticamente correcta de todo hijo de Dios.

Las acciones de gracias deben ser por todo, en especial por su salvación y amor inmerecido (1 Cor. 15:57; 1 Tm. 1:12; Ef. 5:20; 1 Tes. 5:18). Además, debemos dar gracias cuando pasamos por pruebas, porque son moralmente buenas y planeadas para el bien de sus hijos (Stgo. 1:2-3, 6; Jn. 11:41;).

Toda oración debe hacerse con fe. También la fe es un don de Dios, para dirigirnos a su santo trono con la confianza de ser oídos (Mt. 15:28; 17:20; Mc. 9:23; 11:24; Lc. 17:5; Stgo. 5:15). Debemos orar siempre, creyendo que Él es nuestro Dios, Señor y Salvador. La oración debemos hacerla según los principios éticos y morales descritos en la escritura; de lo contrario, es rechazada.

Los siervos de Dios deben invertir mucho tiempo en oración a solas y diariamente. En ella debe presentar propósitos específicos y detallados; personales, familiares y eclesiales para ser respondidas (Mc. 10:51).

La oración específica fortalece la fe, porque conocemos la respuesta y la agradecemos al recibirla (Hc. 10:2; Hab. 2:1-2). Una responsabilidad ética del pastor es orar a solas, no solo cuando lo están viendo. Allí descansa en el Señor, recibe paz para seguir, es lleno de fortaleza, confianza y valor para asumir los retos del ministerio.

También debemos orar en grupo; para estimulamos a la fe y al amor recíproco (Mt. 18:19).

Somos convocados a honrar al Señor y someternos a sus designios (1 Cr. 29:10-11; 16:35-36; 1:13-14; Hc. 4:24,27,31). Los primeros cristianos oraban juntos y pedían la dirección de Dios para tomar decisiones (Hc. 13:2; 20:36-38). Juntos debemos reconocer que las autoridades civiles son puestas por Dios, orar por ellas y someternos a las leyes establecidas (1 Tm. 2:1-2). Al orar en grupos o en hogares podemos pedir por necesidades espirituales y materiales (Hc. 20:18-20; Lc. 12:6-7; Fil. 4:19; 1 Pd. 5:7-9; Jn. 17:15). Recordemos: *“La oración eficaz del justo puede mucho”* (Stgo. 5:16)

CAPITULO DOS

ÉTICA FAMILIAR

Para este capítulo, expondré íntegramente el trabajo realizado por el Dr. Francisco Lacueva.³ Antes de ello, hay que mencionar que dentro de las iglesias las familias juegan un papel muy importante para la toma de decisiones, de tal manera que pueden afectar desde el pastor hasta toda la congregación. Allí, me parece urgente aplicar una ética familiar al seno mismo de la iglesia. Pero bien esto, puede ser tratado en otro trabajo.

Por ahora, veamos que nos comparte nuestro hermano Francisco Lacueva respecto a la ética familiar. Para ello desarrolla el tema de los deberes de los hijos, y en segundo lugar el deber de los padres. No se toca el tema matrimonial.

1. Deberes filiales

Siguiendo el orden de los dos lugares principales del Nuevo Testamento sobre la materia de este punto (Ef. 6:1-4; Col. 3:20-21), comenzamos por los deberes de los hijos hacia sus padres, y que el texto sagrado especifica así: A) Obediencia. "Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo." (Ef. 6:1); "hijos

³ Francisco Lacueva, *Ética Cristiana*. Apéndice del curso Ética Bíblica. MINTS

obedeced a vuestros padres en todo, porque esto agrada al Señor." (Col. 3:20). Por aquí vemos que los hijos:

(a) deben obedecer a sus padres. Lo mismo en latín que en griego, el verbo obedecer comporta la idea de "oír desde abajo" o sea, expresa una idea de sumisión, por razón de la autoridad paterna, que es de algún modo representativa de la autoridad de Dios, por lo que el 5.º mandamiento de la Ley se hallaba a caballo entre las dos tablas, pero con mejor encuadre en la 1.a.

(b) deben obedecerles en todo, es decir, en todas las esferas de la vida familiar, puesto que la sumisión lo abarca todo. Esta obediencia tiene dos límites: los derechos de Dios, cuya voluntad ha de prevalecer siempre; y el peculiar llama miento que cada hijo sienta hacia una profesión determinada y a contraer matrimonio con una persona determinada; advirtiéndolo, sin embargo, que el consejo de unos padres sensatos y creyentes siempre es para ser tenido en cuenta (VS. ProVs. 15:5).

(c) deben obedecerles en el Señor, lo cual incluye los siguientes sentidos complementarios: en comunión con el Señor, como al Señor (comp. con Ef. 6:7), como agrada al Señor (Col. 3:20), como compete a unos creyentes en Cristo, como es propio dentro de una familia cristiana.

(d) porque esto es justo. F. Foulkes opina que esto puede entenderse en cuatro sentidos: porque eso es lo correcto en toda clase de hogar; porque eso está de acuerdo con la Ley de Dios; porque ello está de acuerdo con el ejemplo de Jesucristo mismo (Lc. 2:51, pero comp. con el vers. 49, para ver que los derechos de Dios van por delante); quizás para recordarles que, en muchas cosas y mientras no estén capacitados

para juzgar por sí mismos, deben aceptar la voluntad de los padres antes de poder comprender las razones o motivos.

B) Amor respetuoso. "Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa; para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra." (Ef. 6:2-3). El respeto, el amor y el honor a los padres no tienen por qué innecesariamente ligados a la imagen infantil, cuando el papá era el que todo lo sabía y todo lo podía. Aunque se llegue a sobrepasar un día la fuerza o la cultura de los padres, no debe disminuir el aprecio y el respeto.

Es de todo punto inadmisibles y pecaminoso el que los hijos se atrevan a replicar a sus padres con malas palabras y mal tono, a ridiculizarles, a hablar mal de ellos a los demás, a sembrar la cizaña entre los progenitores yéndole al uno con cuentos acerca del otro, etc.

Entre las muchas enseñanzas que nos ofrece la Palabra de Dios acerca de esto, hay un versículo estremecedor en el libro de Proverbios: "El ojo que escarnece a su padre y menosprecia la enseñanza de su madre, los cuervos de la cañada lo saquen, y lo devoren los hijos del águila" (PVs. 30:17). Ef. 6:3 recuerda la promesa de longevidad hecha en Ex. 20:12. Lo cierto es que por experiencia sabemos que, con mucha frecuencia, los hijos sufren a manos de sus propios hijos las desobediencias y desatenciones que ellos cometieron con sus padres.

2. Deberes de los padres

Este segundo punto nos muestra cómo los padres debes proceder con sus hijos, siguiendo un patrón obviamente bíblico. Veamos los que nos comparte Francisco Lacueva.⁴

Sin salir de los sagrados textos citados, vamos a examinar ahora los deberes de los progenitores hacia sus hijos:

A) Animar y estimular a sus hijos. "Y vosotros, padres (el original dice "patéres" = padres, como cabezas de familia, sin nombrar a las madres), no provoquéis a ira a vuestros hijos." (Ef. 6:4a); "Padres, no exasperéis a vuestros hijos, para que no se desalienten." (Col. 3:21). La exhortación de Pablo comienza por lo que no se debe hacer, por la importancia que tiene y por las gravísimas consecuencias que se siguen de no escuchar la advertencia:

(a) Provocar a ira o exasperar, según el sentido primordial del verbo "parorgízo" como dice en Efesios, o irritar, según el sentido de su sinónimo = "erethízo" son acciones que denuncian la mala costumbre de muchos padres y madres de castigar sin juicio y sin medida (y muchas veces, sin razón y con golpes sin tino) a sus hijos; de denostarles, incluso delante de personas ajenas a la familia, como si en todo fuesen malos, traviesos, holgazanes y sin provecho. Es triste que haya muchos niños que nunca oyen de labios de sus padres ni una sola frase de aliento, de estímulo, de alabanza.

⁴ En el mismo lugar.

(b) "para que no se desalienten" (Col. 3:21). La consecuencia de un trato injusto a los hijos es que se desalientan, se desaniman, pueden adquirir un pernicioso complejo. El verbo que usa aquí Pablo es "athymó". La partícula "a" en griego denota una carencia o privación, y el nombre "thymos" significa la fuerza de ánimo, el temple y la energía temperamental necesarios para hacer frente a las dificultades de la vida. Es un término muy conocido en Psicología y Psiquiatría, como componente de ciertas disposiciones anímicas ("ciclotímico" "esquizotímico" etc.).

Con ello, advierte Pablo a los padres para que no acomplejen a sus hijos con frecuentes amenazas, desmesurados castigos, denuestos o prohibiciones continuas ("no hagas esto... no hagas lo otro... no, no, no ¡y siempre "no"!"). La correcta actitud, de acuerdo con las leyes de la Psicología, consiste: 1) en animar a hacer algo mejor, en vez de centrar la atención del niño en sí mismo, ya sea con halagos, ya sea con reproches; 2) aplicar, si llega el caso de necesidad, castigos que sean verdaderos correctivos, es decir, más psicológicos que físicos, aunque de muy niños sean inevitables algunas zurras, pero castíguese con justicia, con serenidad y haciendo por persuadir al niño de que lo merece; pero nunca deben ser los niños las víctimas del mal genio que los padres tengan por otras causas; 3) no discutir ni pelearse delante de los hijos; 4) cuidar de que no queden sin el afecto y la atención que necesitan, cuando viene al mundo un nuevo hermanito; 5) no hacerles el injusto y perniciosísimo agravio de dar a entender, ni a solas ni ante otros, que no eran deseados, que vinieron al mundo por "accidente" o "equivocación" o que son un estorbo ahora.

B) Educar debidamente a los hijos: "sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor." (Ef. 6:4b). Analicemos esta frase tan densa:

a) "criadlos" ("ektréphete") El verbo griego "trépho" = nutrir, viene aquí reforzado por la preposición "ek" = "ex" que indica un cuidado constante y sacrificado en la crianza de los hijos, como si les nutrieran de su propio interior, "quitándose el pan de la boca" para que a ellos no les falte.

(b) "en disciplina". El original dice "paidéia " que indica una educación a base de corrección pedagógica y que, por tanto, siempre comporta una instrucción (1 Cor. 11:32; 2 Cor. 6:9; 2 Tm. 2:25; Tt. 2:12). Se trata, pues, de una disciplina sabia, amorosa, consistente y suave, sin mengua de la firmeza. Esta disciplina ha de dar paso a su tiempo, a fuerza de la debida instrucción y persuasión, a la autodisciplina y al sentido de la propia responsabilidad.

Los padres deben también estar prontos, sin mirar a su propia comodidad, a dar a las preguntas de sus hijos las pertinentes respuestas, lo más correctas, sencillas y adecuadas a su edad, de que sean capaces, incluyendo lo referente al origen de la vida, etc (lo cual no es difícil acudiendo a ejemplos tomados del reino vegetal, como la fecundación de flores, etc.).

(c) "Y amonestación del Señor". También aquí el original nos ofrece una mayor densidad de contenido. La palabra que Pablo usa en griego en vez de "amonestación" es "nuthe-sía" palabra compuesta de "nus" = mente, y "thesía" del verbo "tithemi" = colocar o fijar; por tanto, se trata de un aspecto de la educación por el que los padres fijan la mente de los hijos en las verdades del Señor, estableciendo en ellos sólidas convicciones: criterios y actitudes que corresponden a quien ha sido debidamente instruido en la Palabra de Dios (1 Cor. 10:11; 2 Tm. 3:16, donde ambos vocablos —nuthesía y paidéia— aparecen como obra de la

Palabra de Dios). Este es el más alto y noble deber que los padres tienen para con sus hijos: ayudarles a ser cristianos formados, maduros, consecuentes, por medio de su ejemplo, de la oración, de la lectura y estudio de la Palabra en el hogar; procurando encontrar siempre el tiempo necesario para ello, por la suprema importancia que tiene para el resto de la vida (PVs. 19:20; 22:6).

CONCLUSIÓN

He querido presentar este trabajo, que el fondo es una transcripción de la lección 6, Ética personal, del manual “Ética bíblica para el líder y el ministro” de Ismael Quinteros Rojas, y del Capítulo VI, Ética familiar, del Apéndice “Ética Cristiana” de Francisco Lacueva.

Mi intención ha sido recordar la importancia de la ética personal y familiar a través de los trabajos indicados anteriormente.

El creyente y el ministro, para dar testimonio verás en su medio debe reflejar el carácter de Cristo. Para ello, se ha dicho que debe cultivar una vida en el Espíritu de Dios, una vida en la Palabra de Dios, y una vida de oración. Elementos esenciales para ir logrando la estatura del Varón perfecto.

En segundo término, la familia cristiana debe tener claro los roles que son estipulados en la Biblia. Para que la familia camine bien, y a la vez, sea de buen testimonio, debe aplicar las reglas bíblicas para los hijos y para los padres. De esta manera se puede lograr la saludable integridad, obediencia y respeto mutuo entre sus integrantes.

En definitiva, la Palabra de Dios es el manual de conducta y de fe para llevar una ética que responda a la vida particular del creyente y del ministro en todo tiempo. De la misma manera, la familia que practica las reglas bíblicas en el rol que les corresponde, se mantendrá unida y será íntegra. Así seremos luz y sal en nuestro medio.